de Paris, previniendo que todos los grupos que se formasen, fueran cuales fuesen las personas, serian dispersados por la fuerza armada sin la menor intimacion, pero los ciudadanos creyeron que esto tendria por objeto solamente atemorizar á los defensores de las barricadas, y por lo tanto, no hicieron aprecio del aviso.

Observóse durante el dia que las tropas no atacaban las barricadas con tanta energía como era de creer, pero en cambio tuvo lugar una espantosa matanza en personas indefensas; los soldados estaban borrachos; habíaseles repartido dinero en abundancia, y mataban á los transeuntes sin consideracion á la edad ni al sexo, en tanto que la metralla con que estaban cargados los cañones, barria las calles, destrozando casas y edificios. Una de las mas terribles tragedias que se han registrado en la historia del mundo, cubrió de luto y de sangre los barrios mas elegantes y pacíficos de Paris, y sobre el autor del golpe de Estado recayó un padron de infamia y de ignominia que no se borrará jamás del recuerdo de los pueblos. Bien se cometieran semejantes atropellos con el consentimiento ó por órden del Presidente, segun afirma Víctor Hugo, ó ya sean responsables, St. Arnaud, Magnan y De Morny, el caso es, que se cometió un crímen que manchará para siempre el manto imperial de Napoleon.

Víctor Hugo ha referido minuciosamente los incidentes ocurridos aquel dia, pues tomó parte en la resistencia armada, y era miembro del comité que organizó la insurreccion en Paris. A su elocuente pluma se debe una descripcion que parece escrita con sangre, pero atendiendo á las circunstancias especiales del célebre novelista, que como es sabido, fué desterrado á consecuencia de aquellos sucesos, es de creer que su relacion no sea imparcial, y por eso reproducimos tambien la de un caballero inglés, testigo ocular, á quien no animaba el espíritu de partido, y que refirió los hechos desapasionadamente. Consagraremos el siguiente capítulo á la narracion de todos esos tristes detalles.

no era imparcial, toda vez que suprincio la parte deslavorable bara si

CAPITULO XXXII.

Reseña de las atrocidades cometidas el 4 de Diciembre.

intendent grow permaner and administrative of the offer (Abalo

«¡Nada de estado de sitio! Cualquiera gobierna asi».

Ultimas palabras del Conde Cavour.

Los pormenores contenidos en este capítulo nos han sido facilitados por testigos oculares, segun hemos indicado ya, y los reproducimos íntegros porque son de gran interés en esta última parte de nuestra obra.

He aqui como se espresa Víctor Hugo en su relacion:

«Voy á decir algunas palabras acerca del sangriento drama preparado y realizado por el hombre del 2 de Diciembre.

«Desde la Magdalena hasta el arrabal Poissonniere, el Boulevard estaba despejado; en el espacio comprendido entre el teatro del Gimnasio y el de la Puerta de San Martin, habíanse construido varias barricadas, asi como en las calles de la Luna y de San Dionisio, y en esta última se elevaban otras cuatro, una de las cuales fué la primera que atacaron las tropas, Formábanla cuatro omnibuses, cinco grandes carros, una porcion de escombros y algunos bancos del Boulevard, arrancados por la poderosa mano del pueblo, pero como aun no bas-

taba todo esto para interceptar la calle, porque era muy ancha y quedaba un gran espacio abierto cerca de la calle de Mazagran, un jóven muy bien vestido se subió á los andamios de una casa en constsuccion, y sin que le ayudase nadie, desató las cuerdas que sugetaban varias vigas y las hizo caer, con lo cual se completó la barricada.

«Dominando los Boulevards Poissonniere y Montmartre, se habia construido una pequeña barricada, que hacía las veces de puesto avanzado, y en ella se situaron unos quince hombres armados con carabinas, pero apenas tenian cartuchos. Detrás de este punto, veíase otra barricada que obstruia la Puerta de San Martin. y estaba defendida por unos cien combatientes, entre los cuales, divisábase un anciano de cabello blanco y dos mujeres; una de estas trabajaba activamente en arrancar piedras, y la otra leia en alta voz el llamamiento que hacian al pueblo los representantes de la Izquierda. La múltitud palmoteaba con entusiamo.

«Todo esto sucedia entre las doce y la una de la tarde; numerosos hombres del pueblo ocupaban los alrededores de las barricadas, y mientras unos permanecian silenciosos, gritaban los otros: ¡Abajo Soulouque! ¡Muera el traidor!

«De vez en cuando atravesaba por entre la multitud alguna fúnebre procesion compuesta de hombres que conducian literas cerradas; los que iban delante llevaban banderolas azules en las cuales se leia: Servicio de los Hospitales militares.—Ambulancia. El tiempo estaba lluvioso é infundia tristeza.

«Veamos ahora lo que pasaba en los Boulevards:

«A eso de la una, un cuarto de hora despues de haber dado Luis Napoleon su última órden al general Roguet, cubrióse repentinamente de infantería y de caballería toda la estension que ocupan los Boulevards desde la Magdalena; la mayor parte de la division Carrelet, compuesta de 16,410 hombres, tomó sus posiciones, escalonándose entre la calle de la Paz y el arrabal Poisonniere, y en el Boulevard de este nombre se apuntaron varios cañones á la calle Montmartre apesar de no haber en ella barricada alguna. Los espectadores, que llenaban la calle y las ventanas, miraban con espanto todos aquellos preparativos.

Entre los soldados, unos se reian y charlaban, pero otros, apoyados en sus fusiles, parecian rendidos de fatiga, ya que no fuese otra la causa de su desfallecimiento. Digo esto porqué un anciano general, de esos que estan acostumbrados á leer en los ojos los pensamientos de sus subalternos, esclamó al pasar por delante del café [Frascati: Esos hombres están borrachos.

«Bien pronto se comprendió lo que iba á suceder, pues en el momento en que la multitud gritaba á las tropas: ¡Viva la República! ¡Abajo Luis Bonaparte! oyóse á un oficial que decia en voz baja: me parece que habrá matanza muy pronto.

«Cuando el primer regimiento de lanceros, mandado por el coronel Rochefort, desembocó frente á la calle Taitbout, habia en los Boulevards una multitud inmensa, compuesta en su mayor parte de artistas, comerciantes y escritores públicos que habitaban en aquel barrio, y hasta veianse algunas mugeres que llevaban á sus hijos de la mano. Al pasar el regimiento, toda aquella gente gritó: ¡Viva la Constitucion! ¡Viva la ley! ¡Viva la República! gritos que nada tenian de particular ni podian calificarse de sediciosos, mas al oirlos el coronel, lanzó su caballo en medio del gentio, y tras él se precipitaron los lanceros como una avalancha, atropellando á hombres, mugeres y niños y cuanto encontraban al paso. Aquello fué cosa de un momento. pero muchos quedaron muertos en el sitio.

Poissonniere, á unos ciento cincuenta pasos de la pequeña barricada de que hemos hablado antes, y media hora despues, se rompió el fuego, pero languidamente y como si los artilleros se propusieran tan solo pasar el tiempo.

«La primera bala de cañon, mal dirigida, pasó por encima de la barricada, y mató á un muchacho que estaba sacando agua de una fuente.

«Las puertas y ventanas se cerraron inmediatamente, escepto una de las últimas, la del piso superior de una casa situada á la esquina de la calle del Sentier; la mayor parte de los espectadores se hallaba todavía á un lado del Boulevard, y todos, hombres, mugeres y niños, contemplaban con ávida curiosidad el ataque y defensa de la barricada:

«Los soldados estuvieron escaramuceando durante un cuarto de hora con los insurrectos, sin que resultára ningun herido por una ú otra parte, pero de repente, y como movidas por un resorte, hicieron las tropas un cuarto de conversion, alejándose de la barricada.

«Algunos cronistas dicen que la causa de aquel movimiento fué un tiro disparado contra la tropa por la ventana que habia quedado abierta en la casa de la calle del Sentier; otros aseguran que el tiro partió de un edificio del Boulevard Poissonniere, y muchos sostienen que fué un pistoletazo disparado en la esquina de la calle de Mazagran; pero de todos modos, y sea ó no cierta cualquiera de estas versiones, el caso es que las tropas hicieron frente á la multitud, apiñada á cierta distancia, y entonces, sin prévio aviso, sin la menor intimacion, comenzó una matanza espantosa en todo el espacio comprendido entre el teatro del Gimnasio y los Baños Chinos, es decir, en el Boulevard mas alegre y mas frecuentado de Paris.

«Aquel fué un momento terrible, y es difícil describir la escena que se siguió: hombres y mugeres se precipitaban en todas direcciones, lanzando gritos de angustia y espanto, en medio de una granizada de balas; jóvenes y elegantes señoras, cayeron para no volver á levantarse mas; dos encuadernadores que estaban á la puerta de sus tiendas, murieron acribillados á balazos antes de que pudieran averiguar lo que pasaba: El Hotel Sallandrouze fué bombardeado; el café Tortoni tomado por asalto; centenares de cadáveres cubrieron en un momento el Boulevard, y por la calle de Richelieu comenzó á correr un torrente de sangre.

«Un testigo ocular dice lo siguiente: No se encuentran palabras para describir semejante acto de barbárie: los soldados hacian descarga sobre descarga contra la multitud indefensa, sin tener el menor motivo para obrar asi; el objeto era seguramente producir una impresion profunda, y es de advertir que un momento antes de precipitarse las tropas en el Boulevard, se disparó un tiro al aire. Aquella era sin duda la señal para acuchillar al pueblo sin compasion alguna,

«La matanza duró hasta la noche: por espacio de una hora, el fuego de la artillería se estuvo cruzando con el de la infantería; hubo

un momento en que los soldados se mataban unos á otros; la batería del sesto regimiento quedó desmontada en un instante, y espantados los caballos con aquel horrible estrépito, corrian de un lado á otro, arrastrando los furgones, que saltaban en mil pedazos. Todo un escuadron de lanceros se vió precisado á refugiarse eu la calle de Saint Fiacre; los soldados estaban fuera de sí y no reconocian ni á sus jefes. pues en la calle de Rougement, dejaron casi muerto á un oficial de sanidad militar que trataba de contenerlos; habíase apoderado de ellos una especie de locura frenética, y no parecia sino que una mano invisible sembraba por dó quiera la muerte y la destruccion.

«Dos cañones, apuntados al Hotel Sallandrouze, lanzaban un torrente de metralla, de tal modo que el edificio, aunque antiguo y de piedra, acabó por agrietarse de arriba abajo; á cada descarga oíanse crugir las paredes, y los soldados seguian redoblando sus esfuerzos, pero de pronto apareció un oficial de artillería, gritando: ¡ Deteneos! ¡ deteneos! ¡ alto el fuego! La órden era oportuna, pues la casa comenzaba á oscilar; un balazo mas y hubiera caido irremisiblemente á tierra, sepultando entre sus ruinas á centenares de soldados. Los artilleros estaban tan borrachos, que muchos de ellos no tenian la precaucion de retirarse cuando retrocedian las piezas despues del disparo, y fueron asi víctimas de su imprudencia.

«En medio de la matanza, algunos soldados se entregaban á una horrible diversion: los cazadores de Vincennes, que se habian situado en una de las barricadas del Boulevard, despues de tomarla por asalto, ejercitábanse eligiendo por blanco á los que pasaban á cierta distancia, y asi es, que desde las casas contiguas, pudieron oirse diálogos repugnantes, como por ejemplo el siguiente: Apuesto á que toco á ese hombre.—A que no.—A que si. Acto continuo, oíase una detonación, y las mas de las veces, un gemido y una carcajada anunciaban que el cazador habia ganado la apuesta.

«En los Boulevards se repetian á cada momento escenas semejantes: un ugier que pasaba corriendo, recibió un balazo en la cabeza, y al caer de rodillas, pidiendo gracia, disparáronle trece tiros mas, pero por un milagro, ninguna de sus heridas era mortal y pudo sobrevivir. Un anciano de ochenta y cuatro años, á quien se encontró

escondido detrás de una puerta, murió fusilado sin contemplacion alguna; dos jóvenes que cruzaban el Boulevard fueron literalmente cazados como fieras, y á un muchacho de trece años que pasaba por delante del café Vachette, le acribillaron á balazos. En todos los Boulevards se oian los gritos de angustia de los heridos y moribundos, á quienes los soldados remataban algunas veces á bayonetazos.

«Bajo el pretesto de que se habia hecho fuego desde algunas ventanas contra las tropas, entraron estas en algunas casas y dieron muerte á cuantos encontraron en ellas; para formar una idea de la matanza que hicieron, baste decir que por las canales destinadas á recoger el agua llovida, se vió correr un arroyo de sangre.

«Oyóse á un capitan que gritaba á sus soldados: ¡No haya cuartel! y al propio tiempo vocifereaba otro jefe: ¡ Entrad en las cusas y despachadlos á todos!

«Las tropas mataban solo por el afan de matar; en los patios de algunas casas fusilaron hasta los perros y los caballos.

«Cerca del café Frascati, en la esquina de la calle de Richelieu, los soldados habian detenido á varias mugeres y muchachos, y se preparaban á pasarlos por las armas tranquilamente, cuando se presentó un coronel y pudo salvar á las inocentes víctimas, conduciéndolas al Pasage de los Panoramas. El célebre artista, Mr. Sax, iba á ser fusilado tambien, y solo debió la vida á la intervencion de un general que le reconoció por casualidad.

«Cuando terminó la matanza, es decir, llegada la noche, no se tuvo la precaucion de recoger los cadáveres, sino que se dejaron donde estaban, y eran tan numerosos, que yacian en montones; solo delante de una tienda, la de Mr. Barbedienne, se contaron hasta treinta y tres; aquello era una masa informe de brazos, de piernas y de cabezas ensangrentadas, donde los hombres del pueblo aparecian en revuelta confusion con personas elegantes, entre las cuales se veian ancianos, mugeres y hasta niños. Era una cosa horrible de ver.

«A eso de las once de la noche, cuando se encendian las hogueras para vivaquear, Mr. Bonaparte permitió que las tropas se divirtieran un poco, y desde aquel momento, hubiérase dicho que se celebraba una fiesta en los Boulevards. Los soldados reian y cantaban al arrojar

en el fuego los restos de las barricadas, y poco despues de esto, se comenzó á repartirles dinero. Oigamos lo que dice un testigo ocular: «En la puerta de San Dionisio ví á un oficial de Estado mayor que daba 200 francos al jefe de un destacamento de veinte hombres, diciéndole: «El príncipe me ordena que os entrege este dinero para distribuirlo entre vuestros bravos soldados, asegurándoos que no será esta la única prueba con que os dará á conocer cuan satisfecho está de su conducta.»

«Otro testigo dice: «Los soldados fumaban buenos cigarros, y sonaban el dinero que tenian en su bolsillo; los oficiales rompian los cartuchos de luises de oro como si fueran barras de chocolate.»

«Los centinelas no dejaban pasar mas que á las mugeres; á lo largo de los Boulevards se colocaron grandes mesas en derredor de las cuales tomaron asiento oficiales y soldados para comer y beber; el resplandor de las hogueras se reflejaba en aquellos rostros alegres; los tapones de las botellas de Champagne saltaban con estrépito é iban á caer á veces en medio de un charco de sangre; desde unas mesas á otras, cambiábanse entusiastas brindis, y entre el choque de los vasos y las copas, oíanse los gritos de: ¡Vivan los granaderos! ¡Vivan los lanceros! ¡Viva Luis Napoleon! Aquella tremenda orgia tenia algo de infernal. Un poco mas lejos, ocultas por las densas sombras de la noche, veíanse aquí y allá algunas mugeres, que cual siniestros fantasmas, y con una linterna en la mano, vagaban entre los muertos, examinándolos uno por uno, en busca de un hijo, de un padre ó de un esposo.

«Apartemos ya la vista de estos horribles detalles.

«Al dia siguiente se presenció una escena espantosa en el cementerio de Montmartre.

«Un gran espacio que habia estado vacío mucho tiempo se llenó inmediatamente con las víctimas de la matanza, pero es de notar que los cuerpos se enterraban de pié, dejando descubierta la cabeza, á fin de que pudieran ser reconocidos por los amigos ó parientes. La multitud se agolpaba en todas direcciones para contemplar aquel lúgubre espectáculo, y como habia un gentío inmenso, empujábanse unos á otros, deseosos de satisfacer su curiosidad, de tal modo, que á veces,

se caian algunos en una fosa ó bien andaban sobre los cadáveres, pisando materialmente sus cabezas.

«El dia 6 de Diciembre, habíase calmado ya la escitacion pública; Paris estaba estupefacto; el grito de indignacion que lanzára para condenar el golpe de Estado, había sido ahogado en sangre; era preciso resignarse por entonces y ceder ante la fuerza.

«La matanza puso fin á la lucha: hay momentos en que lo que debe exasperar á un pueblo le aterra, y el de Paris comprendió que un rufian le habia puesto el pié sobre la garganta, por lo cual no opuso ya resistencia. Llegada la noche, Mr. de la Drôme se presentó en la casa donde el Comité revolucionario celebraba sus sesiones, y nos dijo: «Ya no estamos en Paris; ya no tenemos República; figuraos que nos hemos trasladado á Nápoles y que nos gobierna el rey Bomba.»

«Efectivamente, desde aquel momento, apesar de los esfuerzos de los comités, de los representantes de la República y de otros valerosos aliados, solo se opuso una débil resistencia en alguna otra barricada, resistencia que se asemejaba mas bien á las convulsiones de la desesperación que á un verdadero combate. Todo estaba concluido.

«Una sangrienta hecatombe aseguraba el triunfo del golpe de Estado con que se esclavizaba á la Francia entera.

element and man seement 2000 seement all of the order and of codes and of the

«Una observacion y concluyo: ¿ cuál fué el número de los muertos? Comprendiendo Luis Napoleon que mas tarde debia juzgarle la historia, mandó publicar un documento para vindicarse, un estado espresivo de las víctimas sacrificadas, al que se dió el nombre de oficial. Sabemos que el funcionario que lo hizo es un consumado estadista, y no dudamos que procedió en su trabajo con la mayor escrupulosidad, pero como no tenia mas datos sino los que quisieron darle, no pudo hacer mencion de lo que se le ocultó, si bien quedaba abierto el campo para las conjeturas.

«Luis Bonaparte reconoce en dicho estado oficial, que hubo ciento noventa y un muertos, ó mejor dicho, asesinatos.

«Ahora bien, despues de apreciar ese documento en lo que vale, la cuestion queda reducida á saber cual fué el número exacto de las víctimas, cuantos los cadáveres que costó el golpe de Estado del 2 de

Diciembre. ¿ Y quién puede decirlo? ¿ Quién lo sabe? ¿ Quién lo sabrá jamás? Por lo pronto tenemos que un testigo nos dice: Yo conté en la plaza tal treinta y tres cadáveres; otro asegura haber visto en un punto del Boulevard, y solo en un espacio de veinte y cinco varas, hasta diez y ocho muertos; y un tercero sostiene que en otra parte se recogieron sesenta, sin contar que yo, por mi parte, ví lo menos ochocientos.

«Reflexionemos ahora; compruébense estos elocuentes datos; calcúlese cuanta sangre habrá sido necesaria para cubrir un espacio de media milla en los Boulevards; preguntad á esas madres, á esas esposas y á esas hijas, que con una antorcha en la mano vagaban entre las tinieblas aquella noche de luto y de tristura, examinando los cadáveres uno por uno; interrogad á esos mudos fantasmas, y despues..... despues, calculad si podeis.

«En el primer dia, Luis Bonaparte quiso que sus actos tuvieran publicidad, pero despues de haber obtenido todas las ventajas posibles, trató de ocultarlo todo. Al efecto, espidiéronse órdenes á los periódicos; Magnan debia suprimir y los cronistas ignorar; se enterró á los muertos despues de media noche, sin luces, sin funerales, sin oraciones, sin aparato alguno, y se encargó á las familias que llorasen en silencio para que no se oyeran sus lamentos.

«La matanza en los Boulevards fué solo la primera parte del drama, á la que siguieron los fusilamientos y las ejecuciones secretas.

«Uno de los testigos á quienes hemos citado, dijo á un Mayor de la gendarmeria móvil que se habia distinguido en aquella tragedia: Vamos, decidnos con franqueza cual fué el número de las victimas poco mas ó menos; ¿habrán sido cuatrocientas?—Algo mas, contestó el Mayor. ¿Os parece que ochocientas?—Decid mil doscientas, repuso el oficial, y aun os quedareis corto.

«A la hora presente, nadie sabe con exactitud lo que fué el 2 de Diciembre, ni lo que costó, ni cuantos perdieron la vida, ni cuales serán al fin sus consecuencias. La misma mañana de cometerse el crímen, fueron cerradas todas las redacciones de los periódicos, y de este modo, Luis Napoleon, en nombre del silencio y de los proyectos tenebrosos, suprimió la libertad de imprenta; desde aquel momento